

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año I.

Badajoz 30 de Marzo de 1908

Núm. 2

SUMARIO: El estudiante de Salamanca y Don Juan Tenorio, por Luis Bardají.—Espronceda. (*Impresiones sobre el poeta*), por Antonio Arqueros.—*A Teresa*, por L. Castro y Sardiña.—El amor del poeta, por Enrique Segura.—*A la memoria de Espronceda*. (*Impresiones de un viaje*), por I. Santos Redondo.—*Al cantor de Teresa*, por Manuel Monterrey.—Discurso de D. Luis Hermida, pronunciado en el Liceo de Mérida el 25 de Marzo.—*La novia*, por Francisco Cienfuegos.—*La muerte del poeta*. (*Recuerdos del año 1842*), por La Redacción.—*Legajo*, por «Balduque».

El Estudiante de Salamanca y Don Juan Tenorio.

Es, acaso, «El Estudiante de Salamanca» la creación más honda y más elevadamente poética del gran escritor que personifica entre nosotros, mejor que el propio Zorrilla, la tendencia romántica. Así hubo de reconocerlo D. Emilio Castelar en el maravilloso discurso que pronunció en la Academia Española el día de su recepción, y no obstante haber puesto Espronceda en esta obra sin par lo mejor de su génio—aparte, claro está, el Canto á Teresa, no igualado después ni superado antes por ninguna otra composición poética—la fama del poeta parece arrancar más de sus otras creaciones y sobre todo de «El Diablo Mundo», inferior como conjunto al Estudiante.

Todos cuantos han estudiado el tipo de D. Juan Tenorio, han desdeñado estudiar á D. Félix de Montemar. Para la mayoría de los críticos la comparación se reduce á los personajes de Tirso y de Zorrilla. Alguno—y dicho se está que nos referimos al excelso D. Francisco Pí y Margall—han ampliado sus doctas investigaciones al D. Juan de Molière; pero el propio Pí y Margall prescinde de D. Félix de Montemar, para quien solo tiene unas frases

de admirativo recuerdo. Antonio Corton, que es sin duda quien más á fondo ha juzgado la obra de Espronceda, se limita á copiar los más bellos trozos del «Estudiante»; D. Juan Valera se ocupa en la bellísima leyenda para notar las memorias que en ella existen del D. Juan de Byrón y para reprochar al poeta de Almendralejo haber escrito demasiados versos al final del Poema. Del Padre Blanco no hablemos. Leopoldo Alas dijo á propósito de su petulancia y su desconocimiento, cosas que de buen grado transcribiría aquí. De todo ello resulta que D. Félix de Montemar, que es, á nuestro juicio, la más acabada pintura que salió de la pluma de Espronceda—exceptuando acaso aquella bellísima, tierna y conmovedora figura de mujer que llamó la Salada—vive en la admiración de las gentes cuanto aparece desdeñado de la crítica. La popularidad del Tenorio de Zorrilla ha borrado la personalidad del estudiante endiablado. Y por cierto que semejante desdén y aparente olvido, son injustos. Prescindiendo del D. Juan de Tirso, que no puede compararse á ninguno otro, por el calor de humanidad, como ahora se dice, que supo infundirle el mercenario dramaturgo, no creemos que haya ninguno de los infinitos personajes en que se ha encarnado el alma aventurera del sevillano burlador, tan grandiosamente concebido, tan completamente estudiado y vestido de un atavio retórico tan opulento como este que Espronceda puso en la figura carnal del Estudiante de Salamanca. Y menos que ninguno el de Zorrilla, huero, fanfarrón, valiente con ostentoso aparato, contradictorio y arrepentido á última hora; llorón en ocasiones, traidor en otras y siempre frío, duro, inmoral sin grandeza, de grosero y bajo sensualismo.

Don Félix de Montemar es otra cosa. El gran mérito de Espronceda fué conservar los rasgos legendarios de la figura y poner en ella la soberana grandeza de la rebeldía contra todas las conveniencias y todos los poderes, sin añadir á ella el cinismo, esa hipocresía del vicio, peor mil veces que el vicio mismo. Lejos de nosotros el justificar la figura de D. Félix: pero hay en ella una tan grande confianza en su propio esfuerzo, brilla con tales luces el fuego de su alma y se escapa de todos sus hechos tan suprema aspiración á un ideal de belleza no logrado; es tan soberanamente artístico el contraste entre él y su desdichada amante, y llega el verso á perfección tan alta, que no cabe otra cosa sinó rendirse, asombrados por el vuelo del poeta, y acabar admirando

la figura del protagonista, audaz, altivo, impío y seductor, pero siempre grande, siempre valiente y generoso. El D. Juan de Tirsó es hombre sensual antes que todo; el de Zorrilla es antes que todo fanfarrón. El uno es seductor, por satisfacer sus apetitos eróticos; el otro, por narrar sus conquistas. El de Zorrilla, además, es cobarde enfrente de la muerte. El de Espronceda, nó. En aquel torbellino macabro no le falta el espíritu, sino las fuerzas. Al contemplar su propio entierro, no tiene, pasado el trágico escalofrío de sus nervios, más que una frase de frío sarcasmo para D. Diego de Pastrana. El remordimiento no le turba, no le espanta la muerte. Segundo Lucifer, le llama el poeta. Inmoral, sí, pero siempre grande, sin traición ninguna en su vida, sin que el poeta cuente más episodios amorosos que el de D.^a Elvira, para no distraer la atención del lector con el relato de múltiples amoríos, monótonos por fuerza.

En la versificación no cede, acaso supera al de Zorrilla. Sin embargo, éste se ha apoderado de la admiración popular en perjuicio del Burlador de Sevilla y del Estudiante de Salamanca. ¿Por qué? Acaso por sus propios defectos y virtudes, inherentes á la raza. Cualquier español se cree un Tenorio; cualquier francés puede creerse un D. Juan como el de Molière, pero nadie puede creerse tan altivo, tan apasionado, tan generoso y valiente como D. Félix de Montemar.

LUIS BARDAJÍ.

ESPRONCEDA

Impresiones sobre el poeta.

No muere un génio, cuando nace otro. La cadena humana, abrazada   la esfera terrestre, y unida íntimamente   ella por fases y movimientos, cuenta entre sus herrumbrosos eslabones uno que, por la brillante ráfaga de luz que despide, deja notar la diversa materia de que se compone.

Ageno por completo   los fenómenos naturales y sociales, á pesar del contacto en que se halla con sus hermanos, tan predispuestos   dichas transformaciones, quiere, celoso de sí mismo, sobrepone   todos su pureza, y asido   la antorcha del saber, cual si tratara de arrojar de su trono al astro del día, por falta de méritos, recorre   compás el Universo, derramando doquiera destellos de sabiduría, que puedan transformar en luz tan sólo, lo que por efectos fisico-naturales es luz y sombra, día y noche.

Estos destellos al encarnar en seres privilegiados, iluminando su cerebro, sirven de cincel al mármol de la historia, donde grabados se hallan los nombres de Galileo, Newton, Pitágoras, Servet y Balmes, entre los infinitos que pueblan los anales de las ciencias naturales, físicas, exactas, médicas y filosóficas; y los de Homero, cuya cuna se disputaron haber mecido siete ciudades griegas; Horacio, que floreció para gloria de Roma en el siglo de oro latino; Dante, en la misma fecunda Italia; Klostow, en el país de los czares; Shakespeare, Milton y Byron, en la Gran Bretaña; Goethe, Schiller y Heine, en Alemania; Bossuet, Fenel n, Racine, Corneille, Molière, Voltaire, Lamartine y Victor Hugo, en Francia; Cam ens y Herculano, en Portugal; Garcilaso, Fray Luis de León y de Granada, Juan de la Cruz, Góngora, los Argensolas, Lope de Vega, Quevedo, Tirso, Calderon, Teresa de Jesús, Cer-

vantes, P. Mariana, Moreto, Alarcón, Moratin, Quintana, Harzembusch, García Gutiérrez, duque de Rivas, Ayala y Serra, en nuestra incomparable tierra española.

Entre esta pléyade de génios, ¿no habeis notado la falta de un nombre? ¿No habeis advertido que entre ellos no se encuentra

JOSÉ DE ESPRONCEDA?

¿Cómo no, si debeis la vida á este fértil suelo, pátria del más fogoso de nuestros poetas? ¿Cómo no, si vuestros corazones han formado sus sentimientos al compás de sus poemas grandiosos? De mí sé decir que el primer nombre que acudió á mi mente fué el suyo, el de Espronceda, génio inmortal, cuya fama ha pasado á la historia de extremeños ilustres.

* * *

Como entre lo que esto lean no habrá uno, seguramente, que desconozca la vida del autor del *Diablo mundo*, esbozaremos ligeramente su accidentada biografía. Hijo de un bizarro militar, nació en Almendralejo en Mayo de 1810.

A los doce años escribia su primera oda, y á los catorce era encerrado en los calabozos de un claustro, por pertenecer á la sociedad secreta *Los Numantinos*. Aquella soledad le inspiró su hermoso canto épico al héroe de Covadonga y en ella alcanzó sus primeros laureles. Libre de atmósfera tan insana, y después de breve estancia en la córte, pasó á Gibraltar, y de allí á Lisboa en una miserable balandra sarda, tripulada por tres rudos marinos, y con pasajeros aun más rudos todavía, de los que él mismo refiere en una amenísima carta, que dispuestos estaban siempre al abordaje. Llegó á la noble ciudad del épico cantor de *Os Lusíadas*, y antes de poner pié en tierra, dió una prueba gallarda de su carácter. Quedábale una exigua cantidad en moneda española, despues de satisfecha una gabela, y con aire despreciativo la lanzó al agua, fundando en que *no era digno entrar en tan hermosa ciudad con tan poco dinero*.

Allí amó por primera vez, y allí, «entre privaciones y escaseces» —según su coetáneo y biógrafo Ferrer del Rio— tuvo origen esta «pasión amorosa, violenta, vehemente y profunda; pasión embelecida por su imaginación ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos, absorbe gran parte de su existencia.»

Para nosotros halló más el infortunado Espronceda en sus amores: desengaños, gloria y muerte; pues á contar de aquella fecha, su lábio no dió abrigo á una sonrisa, que no fuera tan histérica como su pasión, tan amarga como su propia desventura, y tras la cual no se observara interrumpida corriente de lágrimas, lágrimas que al brotar de sus empañados ojos, oradaban la piedra que había de servirle de losa del silencio y de pedestal á su gloria.

Triste fué el camino de su peregrinación; como España y Portugal, viéronle después arrastrar la férrea cadena de los desengaños, Inglaterra, Francia y Holanda. ¿Y hemos de seguirle en tan penosa senda? No; detengámonos para escuchar su magnífico himno al *Sol*, astro que hubiera suspendido su marcha como en la memorable jornada de Josué, de haber podido escuchar su acento vigoroso:

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
y extático ante tí me atrevo á hablarte:
ardiente como tú mi fantasía,
arrebatada en ánsia de admirarte,
intrépidas á tí sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
sublime, resonando,
del trueno pavoroso
la temerosa voz sobrepujando,
¡oh sol! á tí llegara
y en medio de tu curso te parara.
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
diera también su ardor á mis sentidos;
al rayo vencedor que los alumbra,
los anhelantes ojos alzaría,
y en tu semblante fúlgido atrevidos
mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡con qué sencillo anhelo,
siendo niño inocente,
seguirte ansiaba en el tendido cielo,
y extático te vía
y en contemplar tu luz me embebecía!

.....
.....
¡Cuántos siglos, sin fin, cuántos has visto
en su abismo insondable desplomarse!
¡cuánta pompa, grandeza y poderío
de imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío

secas y leves hojas desprendidas,
que en círculos se mecen
y al furor de Aquilón desaparecen.

.....
.....
.....

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera,
pierda su resplandor, siempre incansable,
audaz siguiendo tu inmortal carrera,
hundirse las edades contemplando,
y solo, eterno, perenal, sublime,
monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
si de lejos te sigue,
no menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez, pobre destello,
eres tú de otro sol que otro universo
mayor que el nuestro un día
con doble resplandor esclarecía?...

Goza tu juventud y tu hermosura,
¡oh sol! que cuando el pavoroso día
llegue que el orbe estalle y se desprenda
de la potente mano
del Padre soberano,
y allá á la eternidad también descienda,
deshecho en mil pedazos, destrozado
y en piélagos de fuego
envuelto para siempre y sepultado;
de cien tormentas al horrible estruendo
en tinieblas sin fin tu llama pura
entonces morirá: noche sombría
cubrirá eterna la celeste cumbre:
ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

¡Cuanta inspiración! ¡Cuanta valentía! ¡Qué enérgicos apóstro-
fes! ¡Qué riqueza de detalles! ¡Qué forma tan escultural!... Y sin
embargo, no es esta la más sonora cuerda de su lira.

¡Quién pudiere recorrer sus variados y brillantes tonos! Pero
el tiempo y espacio con su inflexible rigidez nos aprisionan en sus
estrechos moldes, y no nos permiten consagrarnos ampliamente á
tan agradable y difícil tarea.

No prescindiremos por ello de transcribir algunos fragmentos
de dos de sus más célebres canciones. Conmovidos por sus belle-
zas, no resistimos al deseo de trasladar las siguientes estrofas de
El Pirata, llenas de sabor marítimo:

Con diez cañones por banda,
viento en popa á toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman
por su bravura el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,
en la loma gime el viento,
y alza en blanco movimiento
olas de plata en azul;

Y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo á torcer alcanza,
ni á sujetar tu valor.»

«*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*»

.....

Contrasta con la animada pintura de este cuadro, la tristeza del que se bosqueja en la tétrica canción *El reo de muerte*. Si en aquella se ensancha el ánimo ante la grandeza del mar, en esta se oprime el corazón ante su sangrienta ironía.

Hé aquí algunas de sus atrevidas y sarcásticas estrofas:

Reclinado sobre el suelo
con lenta amarga agonía,
pensando en el triste día
que pronto amanecerá,
en silencio gime el reo
y el fatal momento espera
en que el sol por vez postrera
en su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo
y la enlutada capilla,
lánguida vela amarilla
tiñe en su luz funeral;
y junto al mísero reo,
medio encubierto el semblante

se oye el fraile agonizante
en son confuso rezar.

.....
¿Mas qué rumor á deshora
rompe el silencio? resuena
una alegre cantinela
y una guitarra á la par,
y gritos y de botellas
que se chocan el sonido,
y el amoroso estallido
de los besos y el danzar.
Y también pronto en son triste
lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bién por el alma
del que van á justiciar!*

.....
Madrid yace envuelto en sueño,
todo al silencio convida,
y el hombre duerme y no cuida
del hombre que va á expirar;
si tal vez piensa en mañana,
ni una vez piensa siquiera
en el mísero que espera,
para morir, despertar:
que sin pena ni cuidado
los hombres oyen gritar:

*¡Para hacer bien por el alma
del que van á justiciar!*

¡Y el juez también en su lecho
duerme en paz! ¡y su dinero
el verdugo placentero,
entre sueños cuenta ya!
Tan sólo rompe el silencio
en la sangrienta plazuela
el hombre del mal, que vela
un cadalso al levantar.

.....
Si los francos arranques de *El pirata* nos contagian de contento,
de lúgubre terror nos llenan la voz que pide caridad para un sen-
tenciado á muerte y el acento báquico que la responde.

No se nos tachará de inconexos, si con aparente desórden pasa-
mos á ocuparnos de una de las más famosas leyendas que ha pro-
ducido la musa ibérica. Nos referimos á *El estudiante de Sala-
manca*.

Tratándose de Espronceda, no es posible sujetarse á una rigu-
rosa preceptiva. Poeta lírico por excelencia, exhala sus sentimien-

tos conforme nacen de su corazón; á un tiempo mismo gime y canta, rie y llora.

Por eso nos vemos obligados á alegrarnos con *El pirata*, á sufrir con *El reo de muerte* y á interesarnos por el jugador empedernido, duelista sin rival, rendido amante é hidalgo caballero, de quien dijo el poeta

Que su arrogancia y sus vicios,
caballescica apostura,
agilidad y bravura,
ninguno alcanza é igualar:

Que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
Don Félix de Montemar.

¿Correspondería este retrato al héroe de Byron, ó sería imagen fiel del autor de *El Diablo Mundo*?

¡*El Diablo Mundo!* .. ¿Y que es *El Diablo Mundo*? La más afortunada, la más sublime expresión del génio hispano. ¿Analizarla? Imposible. ¿Describir su argumento? Empresa peligrosa. ¿Señalar sus defectos—si los tiene—? Miserable envidia. Admirarla, hé aquí todo lo que podemos hacer.

¡Admiremos!

¡Ay! en el mar del mundo, en ánsia ardiente
de amor volaba, el sol de la mañana
llevaba yo sobre mi tersa frente,
y el alma pura de su dicha ufana:
dentro de ella el amor cual rica fuente,
que entre frescura y arboledas mana,
brotaba entonces abundante río
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
exalta mi ánimo, y sentía
en mi pecho un secreto movimiento,
de grandes hechos generoso guía:
la libertad con su inmortal aliento
santa diosa mi espíritu encendía,
con tino imaginando en mi fe pura
sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Caton, la adusta frente
del noble Bruto, la constancia fiera
y el arrojo de Scévola valiente,
la doctrina de Sócrates severa,
la voz atronadora y elocuente

del orador de Atenas, la bandera
 contra el tirano macedonio alzando,
 y al espantado pueblo arrebatando.

.....
 El dulce anhelo del amor que guarda
 tal vez inquieto y con mortal recelo,
 la forma bella que cruzó gallarda,
 allá en la noche, entre el medroso velo;
 la ansiada cita que en llegar se tarda
 al impaciente y amoroso anhelo,
 la mujer y la voz de su dulzura,
 que inspira al alma celestial ternura.

.....
 ¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
 ¡ah! ¡donde estáis que no corréis á mares!
 ¿Por qué, por qué como en mejores días
 no consoláis vosotras mis pesares?
 ¡Oh! los que no sabéis las agonías
 de un corazón, que penas á millares
 ¡ay! desgarraron, y que ya no llora,
 ¡piedad tened de mi tormento ahora!

.....
 ¿quien impio
 ¡ay! agostó la flor de tu pureza?
 tú fuiste un tiempo cristalino río,
 manantial de purísima limpieza:
 después torrente de color sombrío,
 rompiendo entre peñascos y maleza,
 y estanque en fin de aguas corrompidas,
 entre fétido fango detenidas.

.....
 Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;
 las dulces esperanzas que trajeron
 con sus blancos ensueños se llevaron,
 y el porvenir de obscuridad vistieron:
 las rosas del amor se marchitaron,
 las flores en abrojos convirtieron,
 y de afán tanto y tan soñada gloria
 sólo quedó una tumba, una memoria.

Él lo dice: ¿En qué se convirtieron sus ilusiones, sus esperanzas, sus ensueños, su amor, en fin? En una tumba. ¿Qué quedó de todos ellos? Un recuerdo. ¡Tumba y recuerdo!... para Teresa, para tí, trono de vida y memoria inmortal.

«Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?», escribiste. ¡Que ese cadáver seas tu, cuanto le importa!

ANTONIO ARQUEROS.

EL AMOR DEL POETA

Lisboa, vieja capital cosmopolita, suelo de terremotos y cuna del Marqués de Pombal, levanta sus vetustas graderías de casas sobre siete colinas santas, como las siete colinas de Roma.

Bella y noble ciudad de brazos abiertos que mira al Occidente. Cuando nuestro rey Felipe II, remozado y risueño, vestido de colores alegres, se solazaba en los jardines cortesanos de Lisboa, Miguel de Cervantes presenciaba un enredo aristocrático, junto á las riberas donde se crían «las más hermosas y discretas pastoras», cantadas por el inmortal Jorge de Montemayor. Y de aquel enredo aristocrático, y de aquellas pastoras del florido Tajo, nació la linda Galatea.

El Océano y el Tajo mirándose en Lisboa, se funden en un beso perfumado de amor. En estas aguas que un día mecieron las carabelas de Vasco de Gama y escucharon las canciones de Camões y los amores de Miguel de Cervantes, otro día más cercano llevaron sobre su seno, el alma inmortal de un poeta español: ¡Espronceda!

He visto el pueblo lusitano en una hora trágica de su historia: he visto el suelo portugués cubierto de roja sangre real, una tarde lumínica, frente al puerto; los dardos de un sol cegante rebrillaban en el mar...

En este mismo puerto, en los comienzos del siglo XIX, regentando Portugal un despótico Braganza llamado Miguel, una mañana espléndida de luz, atracaba al muelle, entre multitud de embarcaciones, una balandra sarda repleta de trigo rubio, como las

crenchas de una princesa. De entre aquel hormigueo de descar-gadores que iban y venían descalzos, surgió la figura arrogante, imberbe, de un niño loco y sentimental que huía de su patria después de una famosa reunión de «Los Numantinos», en un oscuro sótano de Madrid.

Este conspirador, enamorado de la libertad, tenía diez y siete años y se llamaba Espronceda.

Su viaje de emigración por mar lo escribió él mismo en una página de prosa admirable. Al llegar al puerto de Lisboa, dice, «yo no cesaba de contemplar el sol que poco á poco salía sobre un trono de nubes de fuego esparciendo luz y alegría al mundo. Las olas reflejando sus rayos parecían de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana más hermosa».

Otro espíritu joven y romántico y atormentador: Lord Byron, había desembarcado antes en aquel mismo muelle. Venía de «las blancas rocas de la costa británica», y en Lisboa y Cintra—en ese divino paraíso de flores—empezó su inmortal peregrinación. Siguió á la frontera, entró en España, Guadiana arriba, bajando luego á Cádiz, paloma blanca del Mediterráneo, para terminar sus líricas canciones, muy lejos de Inglaterra, en las playas paganas de la Grecia.

Tiene un castillo Lisboa, el castillo de San Jorge, cuyas blancas almenas árabes se alzan airoso sobre un altozano, y su terraza destácase altiva por cima de las casas que como jaulas colgantes, la circundan. Miguel de Braganza, ofreció á Espronceda un albergue inhospitalario, inmundo calabozo de la fortaleza, donde entre muchos avezados conspiradores españoles conoció á un bizarro coronel. Y quizá, y sin quizá, en esta prisión, fecundose la flor genial que creó la frente del poeta y de allí surgieron esas divinas estrofas que todos hemos rezado desde niños. ¡El canto á Teresa!

Allí conoció á Teresa. Hija del coronel conspirador, vivía en Lisboa y pasaba las horas en el castillo de San Jorge acompañando á su padre. Sus ojos azules llevaban en sus miradas toda la poesía de su cielo andaluz, su cara de virgen y su risa fresca de quince años iluminaron el corazón de Espronceda, y en aquellas dos almas juveniles se hizo el amor.

«Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos estático seguía
La nave audaz que en argentada raya

Volaba al puerto de la patria mía;
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.»

En aquella terraza—florido mirador del Tajo—en las noches perfumadas de nardo y de luna, bajo la inmensa cúpula azul cuajada de estrellas, á los acordes rumorosos del agua argentada que corría á sus pies, Teresa y Espronceda, almas vírgenes, almas grandes, almas locamente enamoradas, besáronse en un beso de amor, como Tajo y Oceano, besábanse en aquellas penumbras serenas de fantástico *luar*.

Poco tiempo después, rompe aquel idilio en flor, la inesperada marcha de Teresa al país británico. Y, pasados unos años de silencio, vemos el desembarco del poeta en la ciudad del Támesis, cuando es sorprendido dolorosamente al ver á su Teresa casada con un burgués.

Al recuerdo de sus días primeros, resurge el cariño, y Teresa y Espronceda, huyen á Francia. Y en la ciudad fabulosa, en París, ocultos en un risueño hotelito rodeado de jardines y de álamos, pasaron en un sueño la primavera más feliz de sus amores y gozaron de esos gozes purísimos que es el oro de la vida.

Y ya otra vez en Madrid, asistimos al final acibarado y triste de aquel amor que fué. El joven poeta de gran fama, mimado por sus triunfos, siente la nieve del hastío, y Teresa, la niña de los ojos azules del castillo de San Jorge, como flor que había ya dado á la vida todo su perfume, muere abandonada y mustia en una pobre y solitaria alcoba de una olvidada calle de Madrid. Murió sola...

Un resplandor de cirios, iluminaba un trozo de la calle en sombras en las horas de remordimientos, en que el poeta, asido á la reja, miraba el semblante de cera, amarillo, de Teresa y en el silencio de las altas horas, lloraba y lloraba.....

¿Quién pensara jamás Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto,
tanto inocente amor tanta alegría,
tantas delicias y delirio tanto?

.....
.....
.....

¡Espronceda! Yo guardo en mi pobre alma un culto sagrado hacia tí, y, por esta admiración intensa, y, por este siglo ridículo en que vivimos, yo pediría, como pidió Verlaine, el silencio á estos ruidos de Academias, de discursos y ofrendas, que hoy se alzan en derredor de tu nombre, despierto entre tantas cosas dormidas.

Dejad soñar, dejad soñar á su obra inmortal, que flota por encima; mas allá de las columnas de Hércules.

ENRIQUE SEGURA.

Á TERESA

Fuiste primero *cristalino río*,
manantial de purísima limpieza;
después torrente que alocado salta
y rompe su furor entre las peñas.

Rodaste por el mundo envilecida,
girones de tu honor y tu belleza
dejándote en las zarzas del sendero
que recorrió tu mísera existencia.

Tú fuistes el florido Paraíso
en que gozó sus dichas Espronceda;
pero fuiste, también, el negro Infierno
en que el vate mordió sus hondas penas.

El te cantó en sus trovas y tu nombre,
como los ecos en la oscura selva,
resonante, repítese en sus versos
que son, así, como rimadas quejas.

Respetemos tu nombre y tu memoria.
Tú fuiste su pasión, pasión inmensa,
incontrastable, y sobre todo fuiste
la dolorida musa del poeta.

L. DE CASTRO Y SARDIÑA.

A LA MEMORIA DE ESPRONCEDA

Impresiones de un viaje

Corría el año 1902. Un día del mes Mayo era el señalado para jurar la Constitución, el actual Rey de España D. Alfonso XIII. Con motivo de este acontecimiento histórico, el elemento oficial y muchas colectividades de la villa y Corte, organizaron numerosas y brillantes fiestas para solemnizar la mayoría de edad del joven monarca. Corporaciones y sociedades rivalizaron en buen gusto para organizar dichas fiestas. Entre éstas, cumple á nuestro propósito señalar, la que preparó la culta *Sociedad de Escritores y Artistas*, que presidía á la sazón aquel poeta de viril espíritu y corazón de oro, el eximio autor de *Los gritos del combate*, Don Gaspar Núñez de Arce. El ilustre anciano, de torpe andar, abrumado por el peso de los años, pero ágil de entendimiento y de férrea voluntad, fué con el simpático Secretario Castillo Soriano, el alma del justo homenaje que por aquellos días se tributó á tres malogrados géneos: *Espronceda, Larra y Rosales*, cuando se trasladaron sus restos, de los Cementerios en que reposaban, al panteon de hombres ilustres que se emplaza en la Sacramental de San Justo. ¡Qué hermoso acto!..... Extremadura, y singularmente Badajoz y Almendralejo, tuvo en él una representación muy lucida. A toda la colonia extremeña, residente en Madrid y á cuantos de nuestra Capital fuimos, se nos asignó preferente puesto en la brillante comitiva. No recuerdo haber presenciado acto igual.

En aquella época ocupaba yo, inmerecidamente, la Alcaldía de esta Capital. El Alcalde de Almendralejo y otros muchos de la provincia, comisiones del citado pueblo y periodistas extremeños,

nos encontrábamos en la Córte; unos, para asistir á las fiestas de la Jura; otros para concurrir al homenaje á Espronceda; y todos para sumar nuestros entusiasmos á los que sintieron personalidades ilustres en las ciencias, en las letras y en las artes por aquel honroso acto de glorificar la memoria de Espronceda, Larra y Rosales.

La Sociedad de Escritores y Artistas tuvo para las representaciones de Badajoz y Almendralejo, frases muy laudatorias y nos dispensó tan fraternal y expresiva acogida, que desde aquel momento todo éramos uno en la organización de aquella fiesta, que si como españoles nos honraba, como extremeños nos colmaba de legítimo orgullo. El gran Núñez de Arce nos habló «del paisano cuya pérdida nunca lloraríamos bastante» y del «poeta de vigoroso éstro que, en sublimes acentos, cantó á *Teresa*; y cuya muerte enlutó las letras patrias» terminando su elocuente salutación con esta frase: «¡Benditos sean los pueblos que saben honrar á sus hijos, pues son dignos de haberlos tenido!» El egregio vate nos conmovió tanto, que en torpes palabras, incapaces de dominar nuestra emoción, nos asociamos á sus entusiasmos y agradecemos vivamente, desde lo íntimo del corazón, tantas alabanzas y el alto honor con que en aquellos momentos se recordaban las glorias y se pronunciaba el nombre de nuestra querida Extremadura.

A las pocas horas de nuestra presentación en la Sociedad de Escritores y Artistas, nos trasladamos al Cementerio de San Nicolás, para exhumar el cadáver del mas inspirado de los poetas; y la triste y silenciosa comitiva penetró en el sagrado recinto, cuyo ornato acusaba un descuido y abandono, que nos impresionó tanto como el acto que íbamos á presenciar. El ataúd de Espronceda fué sacado del modesto nicho y no pueden borrarse de mi memoria las palabras y el solícito afán de Nuñez de Arce, quien todo emocionado exclamaba: «¡cuidado, muy despacio! ¡recojed bien todo...! ¡eso es oro! ...¡eso pertenece á todos! ...Son despojos de carnal vestidura en que aientó un día el genio para inmortalizar el nombre José de Espronceda!»... y á mi mente acudieron aquellas otras palabras que en el mismo sitio pronunció años antes, un admirador de Espronceda, al colocar sobre el mismo ataúd la corona de laurel que recogió del que encerraba los restos del inmortal autor de *La vida es sueño*: «yo te ofrezco esta corona en tanto la posteridad teje otra á tu eterna memoria».

Al siguiente día el pueblo de Madrid presenciaba uno de los actos mas hermoso, mejor organizado y mas solemne que se han

conocido. Una brillantísima y numerosa comitiva, donde formaba lo mas distinguido de la Villa y Corte, acompañaba á las tres carrozas, yendo en último término la de Espronceda. El Alcalde de Almendralejo ocupó un puesto en la presidencia general y yo tuve el honor de presidir el duelo que seguía la carroza del malogrado poeta, donde coloqué una vistosa corona que el Ayuntamiento dedicaba en nombre de Badajoz al insigne autor de *El Diablo Mundo*.

Durante el largo trayecto que recorrió la comitiva ¡cuántas veces ante la significación y magnificencia de aquel inolvidable acto, su esplendor y solemnidad, mi imaginación trasiadóse á este pedazo de tierra española, cifra y compendio de nuestros cariños, pensando en sus grandezas; en el preeminente lugar á que tiene derecho por el valer de los hijos que la han enaltecido; en su reconocida personalidad histórica, en una palabra! Para ti, invicta Extremadura, nuestro amor, el amor purísimo de hijos cariñosos que tienen levantado en su corazón un altar á la madre patria, común á todos, donde santificamos ese amor para el sol que alumbró nuestros primeros pasos, para las brisas que jugaron con nuestros cabellos; para el río que se lleva entre sus murmullos nuestras penas ó nuestras alegrías!..... A Extremadura cantó con su arrebatadora y sublime elocuencia, el Presidente del Ateneo de Madrid é ilustre hombre público D. Segismundo Moret en la solemne velada que para remate del acto á que antes me refería, preparó aquel Centro de cultura en honor de Espronceda. Cantó á Extremadura, porque el sugestivo verbo de Moret cantó á Espronceda aquella noche; y era digno de escuchar, vibrantes y sonoras, en los labios del incomparable orador, las valientes é inspiradas estrofas del canto á *Teresa* y aquellos hermosos párrafos que esmaltaron la memorable oración que para honrar á Espronceda poeta, pronunció el gran artista de la palabra, legítima gloria de la tribuna española.

Yo que muchas veces deleité mi espíritu leyendo al genial poeta; cuando ví cómo la mentalidad mas distinguida de la Corte, juzgó y alabó en aquellos días su labor literaria, hallo hoy muy justificado y todo me parecerá poco, cuanto Badajoz y el Centro Extremeño de Madrid hagan, para honrar su memoria en esta fecha de su Centenario. ¡Loor al genio!

I. SANTOS REDONDO,

Badajoz Marzo 25 1908.

AL CANTOR DE TERESA.

¿Quién no lloró leyendo tu Elegía;
esa lírica estrota apasionada
que sahumó la fragancia delicada
de la mística flor Melancolía?

No hay canto más sublime en la Poesía,
que esa doliente queja desolada,
que arranca los martirios de tu Amada,
y espresa lo cruel de su agonía.

Jamás se borraré de mi memoria
aquel sollozo que alcanzó tu gloria
en un momento de dolor profundo

en que al sentir que el corazón moría,
te hizo amargo exhalar esa ironía:
«Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?»

MANUEL MONTERREY.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON LUIS HERMIDA VILLELGA, EN LA
VELADA CELEBRADA POR EL LICEO DE MÉRIDA, EL 25
DE MARZO DE 1908, PARA CONMEMORAR EL PRIMER CEN-
TENARIO DEL FALLECIMIENTO DE ESPRONCEDA.

Señoras y Señores:

Cumplo un gratísimo deber expresando reconocimiento al bello sexo que nos da el valioso concurso de su presencia, siendo la más preciada gala de este homenaje; saludo á los dignos representantes del Ateneo de Badajoz, Sres. Bardají y Rincón, y felicito al Liceo por su iniciativa, congratulándome de ver en perfecta armonía para este acto al cerebro y al corazón de la Extremadura baja, á Badajoz y á Mérida.

Mérida, la Ciudad de las llanuras amenas, por donde corre el río, que dijo el poeta Antonio Galo, estaba obligada con la fuerza de sus tradiciones, de su cultura y de su histórica grandeza, á rendir en nombre de Extremadura un tributo de admiración y de cariño á la memoria gloriosa de D. José Espronceda, en el primer centenario de su nacimiento.

El sudario de muerte que envuelve piadosamente las cenizas de los que fueron, suele cubrir también sus extravíos y sus defectos á los ojos de la posteridad, dejando admirar las buenas cualidades con que avaloran su vida y se hicieron dignos de respeto, á semejanza de las vestiduras de algunas imágenes que encubren la fábrica tosca de su armazón y dejan lucir y prestan realce á la hermosura escultural del rostro que les granjea devotos. No tuvo Espronceda esa fortuna. A la hora de ensalzarle, se le reprocha de impío, fundando el cargo en la poesía titulada «Desesperación», que no es fruto de su ingenio—porque Espronceda, como

Quevedo, han sido padres putativos de muchos engendros anónimos—y no ha bastado para absolverle la que lleva el título de «Arrepentimiento», también apócrifa probablemente, pero menos eficaz en cuanto á la rehabilitación del poeta, por hallarse de ordinario mejor preparado el terreno de la opinión para la semilla de la malevolencia que para el pensar noble y generoso.

No fué impío el poeta que se lo llamó á los que se mofaron de Jehová; el que califica de divino á Jesús y de sagrados á sus ministros; el que canta las glorias de Pelayo, como paladín de la fé y las del soldado que vuelve de las cruzadas; el que anuncia el castigo de Dios para las almas rebeldes que aspiran á descubrir arcanos vedados á los mortales; no, no fué impio el que acertó á componer estas inspiradísimas octavas:

«¿Quién es Dios? ¿Donde está? Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en torno de celeste lumbre
Su incomprensible majestad se asienta:
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta,
Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible doquier, doquier presente.

Y allá en la gran Jerusalén divina,
Tal vez escuche en holocausto santo,
Del querub que á sus piés la frente inclina,
Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor, en tanto,
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,
Recibe humilde adoración y amores.

Santo, Santo, los ángeles le cantan;
Hosana, Hosana, en las alturas suena,
Rayos de luz perfilan y abrillantan
Nube de incienso y transparencia llena,
Y en ella con murmullo se levantan,
Paz demandando á la mansión serena,
Las preces de los hombres en su duelo,
Y paz les vuelve y bendición el cielo.»

Ya veis cuan injusta es la tacha de impiedad lanzada en denuedo de Espronceda; y, sin embargo, ha servido de ariete contra su fama, de oprobio contra su gloria, de guadaña contra los rendimientos de admiración que brotaron espontáneos ante el ritmo y el nervio de sus cálidas estrofas.

Y no contenta con esto la diatriba, en su insaciable voracidad, quiso excluir de este centenario el fervor de los extremeños diciendo que Espronceda solo lo había sido por acaso, que fué el

azar quien meció su cuna en Almendralejo, y que es vano extravío considerarlo como una gloria regional.

Fuera bastante su cualidad de español para que todos, sin mezquindad, debiéramos corear sus alabanzas. No es tan menguado el mérito de Espronceda que haya de limitarse su renombre á una pequeña comarca, como modesta notabilidad de campanario: cantó el amor y el patriotismo; las dudas y las ansias de la complicada vida moderna; los sentimientos humanos que ponen en tensión las cuerdas de todos los corazones cuando los anima sangre joven y generosa, y supo dar á sus versos la cadencia que cautiva el oído, y la armonía que secuestra la atención, y la originalidad que los fija en la memoria, y el tono viril que los hace imperecederos: todo aquello que sirve de impulso para que el nombre de los grandes poetas venza el tiempo y el espacio perpetuándose como voz reveladora, allí donde haya una inteligencia ávida de vislumbrar los destellos de luz del genio.

Sin el amor de sus coterráneos, ganó el extremeño ilustre, con sobrada copia de merecimientos, el sencillo honor de que se conmemore su centenario; pero, por nosotros y no por él, hay que reivindicar la localización de su nacimiento para que entre la admiración de todos descuelle nuestro preferente cariño y se una su nombre al de D. Juan Meléndez Valdés y al de D. Adelardo López de Ayala, en trinidad gloriosa que avive el culto de nuestros Penates.

Distraída la crítica en estas y otras minucias, como la de señalar la fecha del nacimiento de Espronceda, que erróneamente se venía fijando en 1810, siendo así que nació en 1808, no se ha cuidado de proclamar el mérito más singular del poeta, que para mí consiste en haber sido uno de los principales promovedores del renacimiento literario español del siglo XIX por haber entrado resueltamente en la tendencia romántica. La imitación clásica había agotado sus recursos en el empeño baldío de rejuvenecer ideas que correspondieron á antiguas civilizaciones ya muertas y momificadas; el comercio intelectual estaba en divorcio con las nuevas orientaciones de la vida moderna más rica en complejidad de matices, ya que no lo sea en intensidad de sensaciones, y de este divorcio procede el estéril período de la décima octava centuria que no acertó á engendrar en nuestra patria obra digna de sincera loa.

Era necesario librar á la poesía de la antigua rigidez en que la encuadraban los preceptistas; ajustarla á la rica variedad de los sentimientos, con sus explosiones de pasión y sus inconsecuencias; convertirla en sacerdotisa de la belleza, libre de toda pragmática; acentuar su significación de precursora de innovaciones, ya que los poetas son como guías que desbrozan los caminos que ha de trillar la humanidad en su avance progresivo; impregnarla de la unción que endulza nuestras amarguras y fomenta nuestras esperanzas; difundirla para que sea fuerza concentradora de las mu-

chedumbres en la conquista de los ideales; abrillantarla con la fosforescencia del genio hasta que broten sus resplandores en haces de luz que iluminen la conciencia de los pueblos... Eso que necesitaba la poesía lo inició felizmente el romanticismo y ningún prosélito se antepuso á nuestro vate en abrazar con franca resolución la innovadora tendencia.

Líbrome de afirmar que esta represente el desideratum del arte, hoy lanzado por otros derroteros; pero es justo proclamar las fases de adelanto que más se significan en el decurso de su continúa evolución.

¿Cuales fueron las causas de que Espronceda se filiase de modo tan decidido al romanticismo? Si algo significa la predisposición natural, ese producto del engranaje psíquico y orgánico que permite hablar de criminales natos y de vocaciones de santidad, hay que recordar que Espronceda fué tipo de airoso porte y gallarda presencia, de alta y despejada frente, orlada de cabellos negros y rizados en perfecta entonación con el tinte melancólico que sombreaba su rostro dotado de varonil belleza; y que albergaba un espíritu arrojado, independiente, ardoroso, tal vez iluso, dispuesto siempre á hacer la espléndida donación de todo su ser para las más temerarias empresas, si estaban ennoblecidas por un fin de generosidad. Conociendo esas aptitudes, no estareis lejos de convenir conmigo en que solo hubiera tenido difícil explicación el proceder de un hombre así, volviendo la espalda á la tendencia romántica.

En ella se inspiró su vida pública, lo mismo cuando ingresaba, teniendo catorce años, en la sociedad de los «Numantinos», motivando la condena á reclusión en un convento de Guadalajara, que cuando entraba sin dinero en Lisboa, después de arrojar al agua las últimas pesetas, que cuando se batía por agenas querellas en el Puente de las Artes de París, que cuando cruzaba el Pirineo asociado en temeraria empresa con Don Joaquín de Pablo, que al inscribirse en la expedición imaginada para redimir de la opresión á Polonia, que cuando levantaba barricadas en la Plaza Mayor de la Corte, al regresar de la deportación, luchando por la soñada platónica libertad.

Obra de romanticismo es esta, y estando dotado quien la ejecutaba de rica fantasía, de un léxico tan nutrido como castizo y de facilidad para versificar, tenía que ser poeta, y ser verbo de la nueva tendencia, con todos sus desvíos de la realidad, si se quiere; pero con todas sus grandezas ideales.

La indigencia con que entró en Lisboa, anuncio cierto de penalidades para un espíritu mezquino, no impidió á nuestro poeta en acometer lides de galantería y prendarse en feliz correspondencia de la dama que absorvió el único cariño vehemente y duradero de su vida. Siempre una pasión ardiente exalta la imaginación y temple el ánimo en condiciones de acomodarse á todas las vibraciones de la emoción, aunque irradie de las complicaciones de un

alma femenina con tan rica variedad de matices como la luz que destellan las facetas del diamante; pero si el amor emerge de un corazón hipertrofiado por la grandeza del sentir y lo inspira una mujer de espíritu ferviente y delicado, sublima al varón hasta las regiones de una vida de ensueños suprahumanos. Entonces se emancipa de todas las impurezas de la realidad y habita un mundo fantástico que preside la imagen adorada.

No lo olvidéis vosotras las mujeres. Vuestra influencia sobre los hombres es tan honda y tan trascendental, que por ella somos excelentes ó somos detestables, somos adocenados ó somos genios, somos criminales ó somos héroes, siervos de la dirección que vuestro irresistible ascendiente traza á nuestras energías.

Ved ahí porqué, al hablar de las causas del romanticismo de Espronceda, brota de los labios el nombre de *Teresa*, como síntesis suprema de las influencias que le imprimieron carácter.

Hablando de Teresa la ilustre escritora «Colombine», dice que su figura pasó envuelta en la suave onda de romanticismo que rodea á las amadas de los grandes poetas. Del mismo modo que no se puede recordar á Dante sin evocar á Beatriz, á Petrarca sin Laura, al Tasso sin Eleonora, es imposible que surja el recuerdo de Espronceda separado del nombre de Teresa; porque al lado de los grandes artistas palidece siempre el derecho de legitimidad, y las mujeres envueltas en su gloria, son las mujeres amadas, aquellas en las cuales encarnó su alma, las que fueron fuentes de inspiración, madres de su genio.

Y Teresa lo fué todo para Espronceda: niña, hizo despertar la ternura infinita de aquel alma poderosa; joven, idealizó su vida con la ilusión del amor ausente; más tarde, comparte con él el delirio de una pasión de Dioses, amasada con lágrimas de amargura y deliquios de felicidad suprema, y al fin se lleva tras de su vida la del elegido que abandona el mundo después de haber cantado, como el cisne legendario, el canto de despedida, canto de dolor y de fuego, el sublime «Canto á Teresa».

Una sola de sus estrofas basta para revelar la honda huella que la pérdida de la amada causó en el alma del poeta:

«Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;
Las dulces esperanzas que trageron
con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron;
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron;
Y de afán tanto y tan soñada gloria,
Solo quedó una tumba, una memoria.»

Observad el desaliento y la amargura que esos versos revelan, y su contraste con la altivez de la imprecación que dirige al Sol en uno de sus más inspirados himnos, mandando al astro rey, cual

nuevo Josué, que detenga su curso, para escucharle: el estrago con que la pasión se derrumba, demuestra cuánto habían profundizado sus raíces en el alma del poeta y explica el influjo que sobre sus cualidades ejerció.

Réstame señalar otra causa del romanticismo de Espronceda. Durante su permanencia en Inglaterra, estudió mucho á Lord Byron, y al contacto de aquellos dos espíritus, se moldeó el de nuestro compatriota en su forma definitiva. Similares sus caracteres y sus temperamentos, influidos por muy semejantes accidentes de buena y de mala fortuna, que permiten el trazado paralelo de sus biografías, é inspirado muchas veces el poeta inglés en la luz del Mediodía, tan apetecida por los españoles cuando les rodea la niebla de Londres, era lógico que se impusiera la manera de Byron; y se impuso en efecto, no con la inmoralidad del plágio, á pesar del título parecido de algunas composiciones, sinó con los rasgos distintivos de la escuela romántica en su más estimable tendencia, libre de las jeremiadas insulsas de trovadores cursis, y aunque aderezada por un humorismo amargo, destilado de adversidades reales, nutrido al fin, principalmente, de sentimiento y de fuego, de amor á la libertad y de odio á la tiranía; de entusiasmo por todo lo que dignifica, y de irónico desprecio para todas las miserias egoístas.

Así fué Espronceda.

Lástima que no alcanzase una dilatada existencia, como la de Zorrilla, que llegó á nuestros días, para que hubiera podido completar su labor; pues con ser de gran mérito lo que dejó, era mucho más lo que podía esperarse de la madurez de su juicio, mediante un trabajo reposado. Su obra de magno empeño, «El Diablo mundo», apenas es otra cosa que un esbozo de lo que pudo representar; porque así como Homero cantando en la Iliada el genio batallador y heróico del pueblo griego, sintetizó la civilización antigua, y el Dante con su fantástico viaje aportó á la Divina Comedia todo el jugo espiritual de la era inaugurada con el cristianismo, Espronceda se propuso escribir el poema de la sociedad moderna, de esta época de dudas y de crítica, de revoluciones de ideas y de revoluciones de intereses, en la que hay movimientos sociales tan potentes como el reflujó del mar, maravillas conquistadas por la ciencia y por el arte, guerras gigantescas y crueles, vuelos y caídas de la humanidad, materia abundante y variada para la más sublime inspiración.

El empeño comenzado con arrestos de gigante, no pudo llegar á término: la muerte, que parece celosa del mérito, apagó muy temprano los fulgores del genio de Espronceda.

Pero su gloria persevera, y con este centenario marcamos el primer jalón en el camino de su inmortalidad.

LA NOVIA

Este viejo cementerio
tiene la apacible calma
de algún jardín monacal.

En él la vida se acalla,
y se oyen solo triunfantes,
las trovas que en la enramada
los parleros pajarillos
al decir amores, cantan

Y, á la tarde, cuando el cielo
tiñe sus luces de grana,
la mística voz del *Angelus*,
que balbucean las campanas. .

Este viejo camposanto,
de veredas solitarias,
que circundan unas ruinas
por donde trepan las plantas
fué *en medio el mar de la vida*
isla de reposo ansiada.

Y los fúnebres cipreses,
bajo el palio de sus ramas,
acogieron amorosos
tras de la ruda batalla
al Caballero esforzado,
paladín de alma gallarda.

¡Oh, paz de la sepultura
donde la lucha se acaba!

Oh, poeta; ya no sientes
las dudas que laceraban
tu espíritu que arrogante
pidió á la Esfinge callada,
el secreto de su enigma.

Ya la furiosa borrasca
que agitó tu vida breve
te deja dormir en calma.

* * *

Este viejo cementerio
tiene sendas olvidadas,
sendas que solo las cruza
una mujer enlutada
que ante la tumba querida
del poeta arrodillada,
vierte lágrimas y flores
implorando por su alma.

FRANCISCO CIENFUEGOS.

LA MUERTE DEL POETA

«El Eco del Comercio»

Tenemos el profundo disgusto de anunciar á nuestros lectores el súbito fallecimiento de nuestro joven amigo D. José de Espronceda, diputado enérgico y libre, poeta insigne, leal y celoso funcionario público, eminente patriota y buen caballero de todas prendas. La parca inexorable arrebató ayer mañana prematuramente á la patria este ilustre defensor, á la causa de la libertad uno de los más ardientes apoyos, á las bellas letras una de sus más preciadas plumas y á la provincia de Almería un digno representante.

Su muerte ha sido generalmente sentida, y ha causado la más triste impresión en el Congreso. Esta tarde será conducido el cadáver del laureado vate á la mansión de los muertos acompañado de sus notables y numerosos amigos.

El cortejo fúnebre partirá de la Iglesia de San Sebastián, á las cuatro y media.

En el Congreso

Se leyó la comunicación que publicamos en el pliego correspondiente á «Documentos históricos».

El Sr. Presidente (Acuña) y el Sr. Luján, pronunciaron algunas palabras en honor de Espronceda. A continuación, el Sr. González Bravo dedicó al poeta fallecido las siguientes sentidas palabras:

«Señores: conmovido de una manera que no me atreveré á explicar, pues es imposible que en este momento el corazón pueda ser dominado por la palabra, doy gracias al señor presidente, como amigo que era y como amigo que soy aun de la memoria del Sr. D. José de Espronceda, como antes lo fuí de su persona, y al Sr. Luján también, por el recuerdo que ha hecho; si el Congreso toma en consideración las palabras de S. S., habrá premiado el mérito incontestable de esta persona que hoy nos falta, y sus amigos tributarán una gratitud eterna á los representantes de la nación, que así han sabido honrar la memoria de un hombre acreedor por tantos títulos, á vivir en el recuerdo de todos los españoles.»

»No puedo hablar más en este instante. La emoción me ahoga las palabras, porque ha sido un golpe muy fuerte para mí; el

»Congreso conocerá la razón por qué no continuo en estas pocas frases que acabo de pronunciar..... (Se sienta, derramando lágrimas).»

El entierro

Vean nuestros lectores cómo describe la solemne ceremonia el periódico de aquella época, *El Corresponsal*:

«Vamos á cumplir un deber tan sagrado como triste, á tributar el último homenaje á la memoria de aquél que sólo algunas horas han bastado para robar á su patria, á la amistad y á la gloria. Por más que nuestras lágrimas empañen el papel en que escribimos, queremos dar á nuestros lectores una copia, pálida seguramente, del espectáculo que ayer presenció Madrid.

»Eran las cuatro y media de la tarde y un inmenso concurso llenaba el templo de San Sebastián, donde se hallaba depositado el cadáver de Espronceda, agolpándose en la Plaza del Ángel y calles contiguas. Veíanse entre aquellos miles de personas, cuanto encierra de notable y distinguido Madrid. El Congreso de los Diputados iba casi en cuerpo: de las notabilidades literarias faltaría alguna, y, finalmente, al lado de nuestros más ilustres artistas, mirábanse jóvenes de la grandeza, oficiales de ejército y de la milicia, comisiones del Ateneo y del Liceo, senadores, generales, individuos del cuerpo diplomático, todos reunidos al pueblo, que no era el último en llorar la muerte de uno de sus más nobles y generosos hijos. Mr. Viadort, esposo de la Sra. Paulina Garcia, representaba la literatura francesa, en el cortejo fúnebre de un poeta cuya gloria es europea ciertamente.

»El féretro fué colocado en un carro vestido de negro, conducido por cuatro caballos cubiertos con paños del mismo color. Sobre él veíanse esparcidas multitud de flores arrojadas de los balcones de la carrera, especialmente desde la balaustrada del teatro del Príncipe.

»Algunos pobres de San Bernardino precedían al acompañamiento; los senadores y diputados por Almería marchaban al lado del carro fúnebre, y los Sres. Patriarca de las Indias, Delgado y parientes del difunto, juntamente con el Sr. Presidente del Congreso y los Sres. Conde de las Navas y Moreno, componían el duelo. Una música de la milicia Nacional lo cerraba, y multitud de coches caminaban detrás.

»En extensas y silenciosas filas pasó la comitiva fúnebre por la calle de las Huertas, del Príncipe, Carrera de San Jerónimo, Plaza de Cervantes, por frente del jardín botánico, hasta tocar á la puerta de Atocha. Llegados todos al Cementerio de la Sacramental de San Nicolás, entró el feretro en el reducido templo, donde se apiñaba un inmenso concurso, rezándose el Oficio de Difuntos.»

En el Cementerio

Sigue *El Corresponsal*:

«Desde allí, y antes de ir á ocupar el nicho en que yace, los señores que conducían el féretro lo pasaron al modesto albergue donde se guardan las cenizas de nuestro inmortal Calderón. En aquel augusto y santo recinto, y á presencia de una docena de entrañables amigos del nuevo genio español, fué abierta la caja, y el Sr. Marraci, cogiendo una de las coronas de laurel que adornaban la urna donde se encierran los restos del autor de *La vida es sueño*, manifestó, á nombre de las tres personas que tuvieron el noble y patriótico pensamiento de trasladar las cenizas del gran poeta á aquel sagrado lugar, que ofrecía hoy aquella corona á D. José de Espronceda, en tanto que la posteridad concedía otra á su eterna memoria. El cadáver vestía un frac negro, y nosotros, que teníamos el triste deber de hallarnos en aquel recinto, queríamos devorar con nuestros llorosos ojos aquel semblante tan triste, tan pálido como cuando vivía; aquel semblante que tanto expresaba, que una vez visto, es imposible olvidar.

»Antes de cerrarse la losa fatal que guarda los fríos restos de Espronceda, la inmensa concurrencia oyó resonar el acento de otro poeta, que se complacía en llamarle su protector cariñoso, su inolvidable amigo. El Sr. Enrique Gil, con lágrimas que ahogaban su voz y con una emoción que le produjo una afección nerviosa, leyó unos versos, oídos con una conmoción silenciosa y aplaudidos vivamente por el concurso.»

El elocuente diputado D. Joaquín M.^a López, pronunció una tan sentida oración fúnebre, que hizo llorar las almas.

El Sr. Príncipe, leyó un soneto y el Sr. Romero Larrañaga, otro. El Sr. Romea leyó el Canto VII de *El Diablo Mundo*

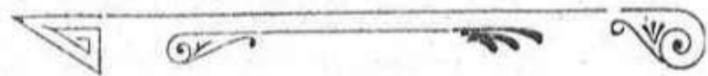
»En medio—sigue *El Corresponsal*—de la aflicción de todos, era un triste, sí, pero consuelo al menos, el ver cómo la Corte, siendo en esto el verdadero intérprete del sentimiento de la nación toda, ha tributado más espontáneo, el más distinguido, el más brillante homenaje de nuestros días á la memoria del más inspirado de los poetas españoles, el más querido de esos jóvenes, esperanza de nuestro país. La pompa de estas exequias, como dice muy bien *El Correo*, ha consistido en la inmensidad del concurso. ¡Magnífica y preciosa pompa en la tumba del genio! Y, en efecto, las lágrimas empañaban ayer los ojos de los que no podían dominarlas; el dolor más amargo y profundo veíase impreso en todos los semblantes.

»Ya de noche, una gran parte de la comitiva, silenciosa y triste, volvía á pisar las calles de la Corte, como hace hoy justamente un año volvíamos todos de dejar en la mansión del descanso los últimos restos del gran Calderón.

«¡Séales á ambos genios la tierra ligera!»

LA REDACCIÓN,

Legajo



No ha rendido España el tributo que debía á Espronceda; no se lo ha rendido tampoco Extremadura, al poeta insigne cuya figura se agranda más cuanto más se aleja de los días en que vivió; ni un recuerdo tuvo para él Almendralejo, el pueblo que halló la fortuna de ser el primero en recibirlo en sus brazos. La idea, á nuestro juicio equivocada, de una irreligión persistente y arraigada en el corazón de nuestro paisano, amenguó el entusiasmo de muchos, alejando á no pocos, y las fiestas del Centenario, realizadas por los que llegando á la entraña del autor de *El diablo mundo*, descubrieron en él algo que, sin pecado de impiedad, era tan grande como grande es siempre la obra del genio, tuvo necesariamente que resentirse del carácter extraordinariamente entusiasta y general que debieron tener.

Nos debemos á la verdad, y la verdad consignamos en esta impresión. No han sido las fiestas del primer Centenario del nacimiento de Espronceda lo que han debido ser; lo que de cierto serán las del segundo; las que han de tener lugar en Marzo del año 2.008; pero ¿quiere decir esto que no hayan tenido importancia los actos celebrados? ¿Que no hayan sido ellos el jalón primero que se pone para la inmortalidad del poeta del amor y del más ardiente sentimiento patrio? No. El Centro Extremeño de Madrid, irradiando á todas partes su cariño y su admiración al gran poeta, para que el Centenario resultara digno de su genio; dedicándole una lápida que es una maravilla de arte, como hecha por el escultor extremeño Aureliano Cabrera, y realizando otras iniciativas felices; el Liceo de Mérida celebrando una velada en la que se leyeron poesías del glorioso poeta y otras dedicadas á él, y en la que se pronunció el discurso que aparece en anteriores páginas de esta revista, por el elocuente abogado de Don Benito, D. Luis Hermida, y otro por el no menos elocuente letrado de Badajoz, D. Luis Bardají y, por último, el Ateneo y el Liceo de esta capital, celebrando otras fiestas literarias tan lucidas como la de Mérida, en las que jóvenes admiradores del poeta como los Sres. Cienfuegos, Santos Redondo, Monterrey, Segura, Lacoste, Asins y Arqueros, y profesor tan docto como el de Literatura de nuestro Instituto, D. Braulio Tamayo, ofrecieron al más grande de los poetas del siglo XIX, el concurso de sus entusiasmos, han realizado todo cuanto se podía en una sociedad como esta, llena de preocupaciones y de cruentas luchas de ideales opuestos.

Tengo en cartera una porción de notas interesantes, que dejar en este *Legajo*, pero los redactores y colaboradores me usurparon las planas que me correspondían y mal que me desagrada, tengo que guardarlas para mejor ocasión. Hágolo, pues, mas no dejo la pluma sin felicitar á los admiradores de Espronceda.—B.